

er-
lu-
nás
les
ira-
pre
os,
ar-
cia-
va-
ne-
en-
do
de
ia-
an-
ta-

In-
tal
ón
lo
tas
an-
un
ud
ni-
las
er-
na-
na-
na-
los
ue-
se
no
de
tre

)

res
de
na
(a).
na
ose
zas
ala-
que
es-
o á
na
Las
los
res
las
nis-
do
de
ra-
ori-
s ó
bs-
os-
al
aso
ba-

)

nes-
do

o II
de
mas
ajo
ño

tra-

)

ngo
si-
nde
olta;
on-
des-
pa-
rcer
re-

co-
de
ola.
dos

)
a

ILUSTRACION ARTISTICA

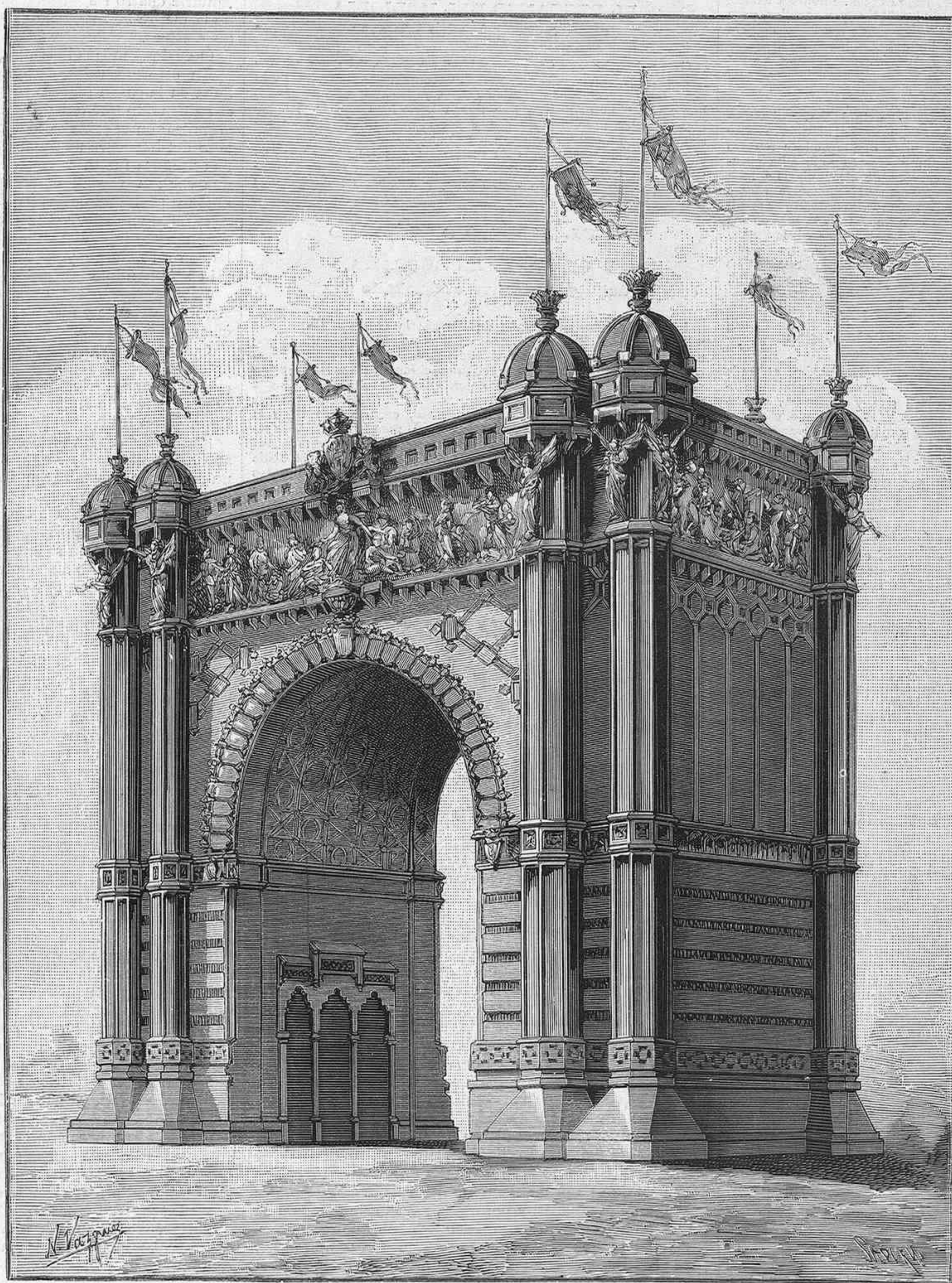
AÑO VII

← BARCELONA 30 DE ABRIL DE 1888 →

NÚM. 331

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE BARCELONA



ARCO DE TRIUNFO CONSTRUIDO Á LA ENTRADA DE LA AVENIDA PRINCIPAL
proyecto del arquitecto Sr. Vilaseca

SUMARIO

TEXTO. — *Nuestros grabados.* — *Los primeros dientes*, por don Antonio de Valbuena. — *El tampo de Chugulpogio*, por la Baronesa de Wilson. — *Juanito Caleros*, por don Fermín Martín Suárez. — *La extinción de los conejos en Australia y en la Nueva Zelanda*, tomado de *La Nature*. — *Noticias varias.*

GRABADOS. — *Arco de Triunfo construido á la entrada de la avenida principal*, proyecto del arquitecto Sr. Vilaseca. — *La chispa eléctrica*, grupo escultórico de Reinhold Begas. — *La resurrección de la hija de Jairo*, cuadro de H. Rauchinger. — *Un día de frío*, cuadro de Baixeras. — *Abrid en nombre del rey!* copia directa de un cuadro de J. Aranda. — *Telón del teatro de la ciudad de Carlsbad*, pintado por Francisco Matsch. — *El descanso del Mediodía*, cuadro de Alejandro Wagner. — *Los conejos en Australia.* — *Conejos muertos por el microbio del cólera de las gallinas.* — *Suplemento Artístico: Un perdón en Bretaña*, cuadro de Dagnan-Bouveret.

NUESTROS GRABADOS

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE BARCELONA

ARCO DE TRIUNFO

construido á la entrada de la avenida principal

Proyecto del arquitecto Sr. Vilaseca

Acertado fué el acuerdo de levantar un Arco de triunfo en el comienzo de la avenida que da entrada principal á nuestra Exposición; pues cuando tantos monumentos de ese género se han erigido á los héroes del exterminio y de la guerra, justo es que se honre á los héroes de la producción y de la paz, más humildes que aquéllos, pero no menos dignos de esa distinción. Por debajo de ese Arco debiera desfilarse triunfalmente la cohorte de los célebres inventores, de los grandes y pequeños fabricantes, de los protectores del arte y de la industria, de los soldados oscuros del trabajo, algo más dignos de esta honra que los pretorianos de los antiguos y de los modernos tiempos.

A la bondad del pensamiento correspondía sin duda una obra verdaderamente monumental, y su traza fué confiada al arquitecto señor Vilaseca que proyectó y está ultimando la que reproduce nuestro grabado. El nos da una idea de que al monumento no le falta grandeza, de que sus líneas generales no carecen de elegancia. La falta de tiempo con que ha tenido que proyectarse y ejecutarse la obra y quizás el límite económico impuesto á su autor, han dado por resultado una sobriedad de detalles que no permite distraer la vista de una mole que ha de defenderse por sí sola. A pesar de lo cual, la impresión del Arco de triunfo del Sr. Vilaseca es agradable y revela que el autor ha pretendido, no sin éxito, armonizar los grandes ejemplos de la antigüedad clásica, con ciertas ideas propias del arte español.

LA CHISPA ELÉCTRICA

grupo escultórico de Reinhold Begas

Un rayo parece haber desgarrado el árbol. Una mujer, aterrada por la chispa eléctrica, cae desplomada en brazos de un hombre situado al pie del plátano. El grupo es elegante, y si bien hay que rebusar algo lo de la chispa, esto no prueba sino que el escultor, privado de los recursos del color y de la luz, lucha con grandes dificultades cuando quiere dar forma á un asunto poco manifiesto.

LA RESURRECCION DE LA HIJA DE JAIRO

cuadro de H. Rauchinger

El asunto ha sido tratado por diversos artistas. Nada tiene de particular la coincidencia, puesto que el pintor, como el dramaturgo, anda siempre á caza de argumentos interesantes, y muy pocos lo son hasta el punto del milagro obrado por Jesús con la hija de Jairo. El mérito de Rauchinger no está, pues, en la inventiva, sino en la ejecución, que es realmente feliz.

No sería cosa fácil elegir entre las principales figuras del cuadro que, si en conjunto dan por resultado una combinación bien entendida; detalladamente reúnen condiciones de verdad y expresión sumamente notables. La dulce serenidad de Jesús, su púdica y suave manera de iniciar la incorporación de la resucitada; el asombro de Jairo, la fe de su esposa en la intercesión del Hombre de Nazareth, el justificado terror del niño que se encuentra á la cabecera del lecho mortuorio, la impasibilidad del discípulo acostumbrado á presenciar toda suerte de maravillas obradas por el divino Maestro, la curiosidad y sorpresa de los amigos de Jairo en segundo término colocados; efectos son enteramente propios del hecho y del lugar de la escena, no debidos á la casualidad, sino al concepto claro del asunto del cuadro. Argumentos de esta índole, personajes de tan excepcional importancia, no pueden ser tratados sino con la seriedad y conciencia artística que posee Rauchinger.

UN DIA FRIO, cuadro de Baixeras

Baixeras, cuyos rápidos progresos en el arte hemos tenido ocasión de dar á conocer á nuestros favorecedores, ha llegado ya á lo que llegan escasos artistas, á tener estilo propio. Este estilo se distingue por la sobriedad, merced á la cual resalta su profundidad de estudio de manera que en éste venga á concentrarse toda la atención del espectador. No es que descuide la escena, ni mucho menos, pero la importancia que la concede este artista es la indispensable para dar mayor realce ó carácter á las figuras.

Sabemos ya que Baixeras siente especial predilección por la gente de mar, y esto hace que tal vez reproduzca en diversos cuadros un mismo personaje; pero esto no prueba sino la justificada pretensión de haber encontrado un tipo que responda al concepto que tiene formado del lobo marino. Nuestra reproducción de *Un día frío* (grabado de admirable manera por el Sr. Sadurní) revela al propio tiempo los adelantos del Sr. Baixeras como dibujante, que si concibe con exactitud, ejecuta con seguridad.

¡ABRID EN NOMBRE DEL REY!

cuadro de J. Aranda

La escena tiene lugar en España, probablemente en un pueblo de Andalucía y probablemente también durante la época de las persecuciones de 1823.

El autor: habrá querido recordar aquellos duros tiempos en que fué crimen, y crimen de lesa majestad, haber pensado y sostenido que la nación podía pasarse del absolutismo de Fernando VII. Una abigarrada justicia, compuesta de elementos heterogéneos, se detiene á la puerta de un *liberalote*, á la cual llama un corchete en nombre del rey, que nunca pudo S. M. estar tan menguadamente representado. La puerta no se abre y la justicia se impacienta. Milagro será que la casa no sea tomada por asalto como fortaleza enemiga y que el drama empezado en la calle no termine en presidio ó sitio más horrible aún.

El autor de este cuadro ha estudiado perfectamente el asunto y su época. No ha querido ciertamente hacer la caricatura de la ley; todo lo contrario. Mas esa ley, cuyos representantes fian el éxito de un auto de captura no al prestigio de una institución, sino á la fuerza improvisada de unos cuantos fanáticos vitoreadores de las cadenas, es una ley que inspira al artista poca confianza y menos simpatía. El despotismo ignorante, llámese terror rojo ó terror blanco, merecerá siempre una lección severa. Aranda se la ha dado de manera delicada y su cuadro, delicioso como obra de género, no deja de contener una enseñanza que los pueblos debieran tener siempre presente.

Telón del teatro de la ciudad de Carlsbad,

pintado por Francisco Matsch

El telón de boca de un palco escénico no se presta á grandes originalidades, pues, ó bien se reduce á un cortinón inmenso, cuya perfecta ejecución ofrece más dificultades de las que á primera vista parecen, ó una especie de convención artística ha hecho obligatoria en el colosal lienzo una alegoría mitológica más ó menos bien ideada. A este último medio ha acudido Matsch: el asunto de su telón es la muy gastada apoteosis de las musas y del amor; pero al realizar este vulgarizado tema ha demostrado poseer un gran sentimiento de lo bello, una fantasía prodigiosa y una fuerza de ejecución de primer orden. Con estas condiciones nada comunes ha producido una combinación nueva, ya que no un tema nuevo, y ha completado el hermoso efecto de su obra, encerrándola en un marco tan rico como hábilmente compuesto. El trabajo de Matsch es algo más que un telón, es un cuadro, y un cuadro de indisputable mérito. Y en ello ha obrado cuerdamente, pues raro ha de ser que se ofrezca á un pintor, como al ejecutar un telón de boca, ocasión para una obra que reuna tantas probabilidades de ser juzgada por mayor número de espectadores y por mayor número de veces.

EL DESCANSO DEL MEDIODIA

cuadro de Alejandro Wagner

Grupo de caballos en pelo muy bien estudiado. El autor supone que esos nobles animales han corrido valientemente durante algunas horas á través de la interminable estepa y que sus conductores les han concedido un descanso que tienen harto bien ganado. Los nobles animales, rendidos de fatiga y por efecto de su admirable instinto, forman un grupo original, merced al cual aprovechan respectivamente las escasas fuerzas de resistencia que les quedan. Si, en realidad, los caballos rusos se agrupan y auxilian como supone Wagner, hay que reconocer en ellos algo que acredita de científico su material instinto.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

UN PERDÓN EN BRETAÑA,

cuadro de Dagnan-Bouveret (grabado por Baude)

Llámase *Perdón* en Bretaña de Francia la ceremonia ó práctica religiosa que en España llamamos *romería* y *peregrinación*. Los bretones, cuyo fervor católico se evidenció cuando la primera República, continuaban tan apesados á su fe religiosa como en los famosos tiempos de la Vendée. No hay que ponderar, por lo tanto, hasta qué punto es notable el fervor, el recogimiento, el entusiasmo con que Bretaña celebra sus *Perdones*. Recordamos, cuando tuvo lugar la muerte del conde de Chambord, Enrique V para la inmensa mayoría de los bretones, la peregrinación que estos hicieron, en número de muchos miles, al célebre santuario de Lourdes. Nunca se había presentado á nuestra vista espectáculo más imponente; sus cantos religiosos tenían algo provocador como los cantos patrióticos; su interminable procesión en torno del admirable santuario recordaba la de los cruzados beligerantes en torno de la Jerusalén bendita.

El autor del cuadro que publicamos ha hecho un estudio perfecto de esos tipos verdaderamente genéricos que sólo en los *Perdones* de Bretaña son de ver en toda su pureza. Obsérvese á esos hombres, principalmente, y se echará de ver con cuánta facilidad el romero pudiera convertirse en soldado.

Los *Perdones* de Bretaña, aparte su valor religioso, han inspirado dos obras maestras: un lienzo de Dagnan y una ópera de Meyerbeer

LOS PRIMEROS DIENTES

Tan... tarán... tan, marido,
ya tiene un diente el niño.
Tan... tarán... tan, mujer,
y otro le quier nacer.
(Popular)

Llovía un poco.

Muy poco: no era más que esa lluvia menuda, tibia y pegajosa que desespera á los vendimiadores en las primeras mañanas de octubre.

Pero como yo no iba á salir á vendimiar, por esa parte la lluvia no me daba cuidado.

Ni por la otra. ¿Qué cuidado me daba á mí que lloviera? Sobre todo... sí, sobre todo llovía, como sucede siempre que llueve, sobre justos y pecadores, y no hagan ustedes caso de aquel otro *sobre todo* que es un galicismo.

Quería decir que no me daba cuidado la lluvia en general, y mucho menos esa lluvia casi imperceptible que solemos llamar *cala-académicos*... ¿Cómo?... ¿Qué?... ¿Dice V. que se llama *cala-bobos*?... Perdón V., discretísima lectora: eso era antes.

Repetiré, si ustedes quieren, que llovía, y no diré que me tenía sin cuidado la lluvia porque no se debe decir así; pero diré que no me importaba que lloviera.

A más de que probablemente iba á parar muy pronto: acababa de amanecer, y por aquel refrán que dice: «agua de mañana y consejo de tarde, luego se esparde...»

¿Que por qué me había levantado tan temprano?... ¡Ah! sí... Pues, porque no había dormido bien. Había extrañado la cama de la fonda, que era bastante mala...

¿Eh?... sí, la cama ó la fonda, la que Vds. quieran; las dos, si Vds. no se oponen, y creo que no dejarían de serlo aun cuando Vds. se opusieran.

Digo que no había podido dormir, y por eso, en cuanto amaneció Dios, me tiré de la cama, me vestí y me asomé al balcón del poniente.

Entonces me enteré de que llovía.

La casita blanca, que forma ángulo recto con la fonda, tenía todas las ventanas cerradas.

¡Velay! — dije yo, ó por lo menos lo debí decir, — los moradores de esa casa duermen todavía como unos benditos.

Tendí la vista al frente. Los romeros del huerto estaban casi todos cubiertos de pañales, que habían pasado la noche á la intemperie.

Por las señas, en la casita blanca había un niño. La rolla había tendido allí los pañales á secar, y no habían secado, porque llovía, pero se habían lavado completamente. Habría que secarlos en el azufrador uno á uno, si acaso el sol, que estaba ya para salir, no se resolvía á rasgar los nublados y parar la lluvia.

Que sí se resolvería, de seguro. Si fuera en Bilbao ó en San Juan de Luz, puede ser que no; pero en mi país suele ser el sol muy buena persona.

¿No lo dije? A los diez minutos comenzó el astro rey á hacer asomadillas por entre las nubes, y á los veinte ya había escapado.

A los treinta, ó cosa así, pedí el chocolate, y á los noventa, vinieron á decirme que ya estaba. Lo tomé y me volví á salir al balcón.

Se quedaba un día muy hermoso. Los árboles iban dejando caer poco á poco las gotas de la pasada lluvia... y las hojas; y hasta algún pájaro rezagado de esos que no se marchan al Mediodía ó se tardan en marchar, hubo de cantarle cuatro ringorringos al padre sol, al fecundador de la madre *natura*, como diría el peor de nuestros poetas clásicos.

O cualquiera de ellos, porque todos son peores.

En esto... Vamos, en aquello, se sintió chillar una fallera en la casita blanca; un momento después se abrió el balconcillo que daba á la escalera de piedra que bajaba al jardín; en seguida salió á posarse sobre el hierro mojado del balaustre una mano robusta y varonil pegada á una muñeca fuerte y velluda, y casi al mismo tiempo, una voz tan varonil como la mano y tan fuerte como la muñeca pronunció estas palabras: ¡Calla! ¡y ha llovido!...

«¡Calla! yo conozco esa voz,» iba yo á decir; pero no lo dije, porque inmediatamente después de la voz salió al balcón un hombre y lo que tuve que decir fué: «¡Calla! ¡Si es Fernando!»

Este Fernando era un amigo mío, teniente de artillería, muy valiente y muy buen muchacho; pero en particular, muy valiente.

Como que no era más que teniente sencillo y estaba ya casado.

— ¡Fernando! — le iba yo á gritar; pero me detuve, porque detrás de él salía una joven muy bien parecida llevando en los brazos un niño de pecho.

¡Justo! su mujer, — dije para mí; — su mujer..., y el autor del milagro de los pañales... y de otro milagro que un momento después exhibía cara al sol en otro de los balcones del jardín la criada; es á saber: un jergonín de cuna con una redonda mojadura en el medio.

Fernando y su mujer bajaron por la escalera de piedra, y él se metió en seguida por una de las veredas del huerto comenzando á sacudir los romeros y los rosales.

— ¡Quita, hombre, que te vas á poner perdido de agua! — le gritó su mujer que se había quedado en el escalón bajero.

— No; ya voy con cuidado, — la respondió cariñosamente; — voy á ver si se ha caído anoche el membrillo grande que había en aquella esquina; porque sería una lástima que se pudriera.

— ¡Qué feliz debe ser este muchacho! — filosofaba yo tristemente, — y todos le teníamos por loco hace dos años, cuando se casaba... tiene una mujer guapa..., porque no se puede negar que es una morena muy guapa... ¡Cuidado que tiene unos ojos!... Y además, y esto es lo principal, será buena, de seguro... Después, tiene ya un niño que comenzará pronto á decir gracias y á entretenerle... Vive aquí en esta casita hecho un príncipe: probablemente habrá dormido mucho más á gusto que yo; se ha levantado, ha bajado al huerto con su mujer y su hijo... En este momento no se cambiaría seguramente por el emperador viejo de Alemania después de la rendición de París, ni por el nuevo después de la muerte del viejo... De aquí á un rato se volverá á meter en casa, se dormirá el niño, porque los niños así, pequeños, creo que duermen mucho; su mujer se pondrá á coser ó á bordar, y él se sentará á su lado á leer la ordenanza... ó *La Correspondencia*, cualquier cosa, porque, al lado de una mujer así, cualquier lectura, aunque sea la de una novela de Polo y Peirolón, debe ser amena... No hay más remedio que casarse...

Al llegar yo á esta resolución sublime, el niño había dejado de mamar, como si quisiera celebrarla. Su madre irguiéndole entonces con gracia sobre el brazo izquierdo, comenzó á hacerle fiestas para hacerle reír, y cuando lo consiguió y le vio los dientes, exclamó fuera de sí de gozo, corriendo hacia donde estaba su marido:

— ¡Ay! ¡mira, Fernando, mira qué hermosura!...

— No vengas, Aurora; allá voy yo, — la decía él, volviéndose hacia la casa apresuradamente; — no vengas, que está el piso muy húmedo.

Pero ella ni oía estas palabras, ni reparaba en la humedad del suelo, ni se detuvo hasta encontrarse con su marido y mostrarle el niño, oprimiéndole suavemente el labio inferior con los dos preciosos dedos de santiguarse, y repitiendo loca de alegría: — ¡Mira, mira qué hermosos!... ¡Los dos los tiene fuera ya... los dos... mira, mira!... Y uno y otro empezaron á comerse el chiquitín á besos.

La escena me conmovía demasiado... Yo soy así... Quise llorar, pero me daba vergüenza, por si me veía alguno, y no se me ocurrió otro medio de resistir, que empezar á llamar: -¡Fernando! ¡Fernando!

Fernando levantó la cabeza, miró hacia los balcones de la fonda, y dijo sorprendido:

-¡Chico! ¿Tú por estas tierras? ¿Qué haces?

-Ya ves... Ahora alegrarme de verte, y de verte tan contento y tan bien acompañado.

Su mujer alzó entonces los ojos, como recogiendo la alusión personal; la hice una respetuosa inclinación de cabeza, y me pagó con otra acompañada de una suave y casi imperceptible sonrisa.

-¿Cuándo has venido? -siguió preguntándome Fernando.

-Anoche.

-Vendrás de la montaña é irás hacia la corte, por supuesto... ¿Quieres bajar? No tienes más que dar la vuelta... O si no subiré yo en seguida.

-Como tú quieras.

-Bueno, pues, allá voy... Tenemos que echar un párrafo muy largo...

Cinco minutos después estaba ya Fernando en mi cuarto de la fonda. Charlamos muchísimo, y me contó toda su vida de casado con verdadero lujo de pormenores.

-Sí, hombre, es verdad, -me decía á poco confirmando mis impresiones; - te confieso que soy feliz... relativamente. Mi mujer es muy buena, ¿sabes? muy buena... ya la conocerás... hoy vas á comer con nosotros... es una santa. Por este lado no puedo menos de estar muy satisfecho, y por otra parte, no me falta, gracias á Dios, lo necesario para vivir así, con modestia, y á gusto; de suerte que creo que soy todo lo feliz que se puede ser en el matrimonio. Pero también se sufre; no creas que todo es vida y dulzura, como decimos en la Salve. Hoy precisamente estamos muy contentos; hoy es un día de alegría en casa, porque le han salido los primeros dientes al niño. Pero para llegar á esto, ¡si vieras la semana que hemos pasado!... Estuvo muy malo unos cuantos días, y luego, Aurora, en cuanto veía que no quería mamar toda se asustaba... Primero creímos que tenía la difteria. ¡Vino el médico y nos asustó más, es decir, asustó á mi mujer: porque, como los médicos son así medio insensibles, Aurora le preguntó si sería la difteria, y la dijo friamente que podría ser; le volvió á preguntar si en caso de que fuera difteria, se moriría el niño, y la contestó que probablemente, porque de esa edad se salvaban muy pocos. Ya ves tú; decirla eso á una madre... Para él, nuestro hijo no era más que uno de tantos niños como habrá visitado en su vida, un caso como ellos dicen; pero para su madre... y para su padre... Hemos ofrecido hacer una novena á la Virgen del Camino y un día de estos la vamos á empezar... No puedes figurarte lo afligida que estaba Aurora el día que el médico la dijo que era posible que el niño se muriera... Y, ya ves tú; no dijo ningún disparate, porque como posible... «Hay que llamar á otro médico, - me decía, - porque el tal Acero es un tonto; parece que no le importa nada que se muera el niño. ¡Dios mío! ¡Virgen santísima! se habrá de morir este ángel...» En fin, chico, créete que he pasado unos días de prueba... Hoy en cambio somos muy felices: cuando nos has visto ahí abajo; cuando Aurora fué á decirme que ya le habían salido los dientes al niño y se los estábamos mirando, no me hubiera cambiado por ningún rey ni por ningún emperador del mundo. Ni ahora tampoco... lo que es eso...

Cerca de dos horas hacía que Fernando y yo estábamos hablando, sin que se nos acabara la materia, cuando llamaron á la puerta del cuarto y entró el camarero diciendo: - «Señorito, tiene V. una visita en la sala.»

Miré á Fernando, me miró él á mí, y el camarero que esperaba órdenes añadió: - Ha dicho que era de confianza; quería pasar aquí, pero yo le dije que estaba V. con otro caballero.

-Que pase aquí, que pase, - dijimos Fernando y yo casi á un tiempo.

-¡Ah! ¡si es Rafael! -añadía Fernando un momento después, cuando el camarero volvió á abrir la puerta; y entró un joven rubio y simpático que me abrazó cariñosamente diciendo:

-Por una casualidad supe que habías llegado anoche, y como á lo mejor sueles pasar como un relámpago, sin acordarte de los amigos, he venido á verte.

-Y te lo agradezco mucho. ¿Cómo está Carmen? - le dije yo.

-Ahora está regular, pero ha estado muy malucha todo el verano. Que te diga este; hemos tenido que ir á las Caldas.

Fernando y Rafael se habían saludado como se saludan dos amigos que se han visto la víspera.

-Mira, - le decía el primero al segundo después que habíamos hablado un rato, - este va á comer hoy con nosotros; ven tú también: estamos de fiesta...

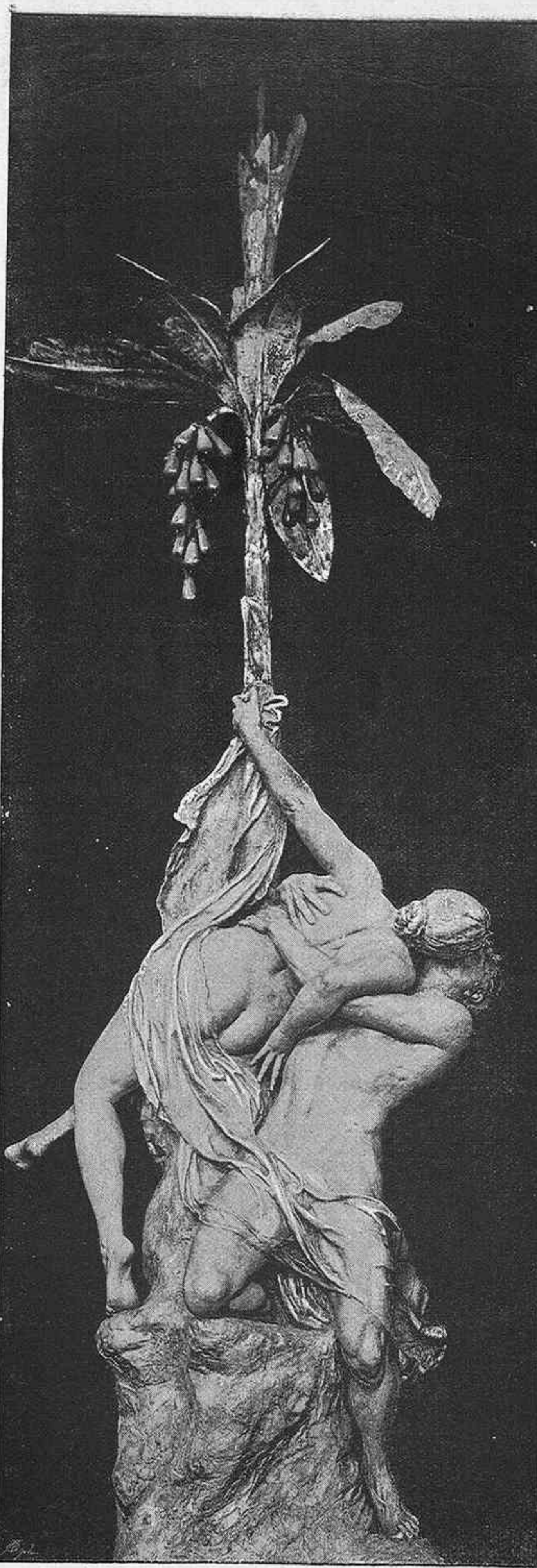
-¡Para fiestas estoy yo! -replicó Rafael sonriéndose.

-Sí, hombre, - insistió Fernando, - mandamos recado á tu casa si no quieres volver: estamos de fiesta por los primeros dientes.

-Precisamente por eso mismo estoy yo de un humor de mil demonios.

-¿Cómo? - le dije yo, - ¿tienes algún niño malo?

-Ni malo ni bueno, por desgracia, - me contestó Rafael. - Tuve uno, se me murió y no he vuelto á tener más.



LA CHISPA ELÉCTRICA, grupo escultórico de Reinhold Begas

-Entonces no comprendo cómo dices que estás de mal humor, por los primeros dientes.

-Pues es muy sencillo. Porque esta mañana, por primera vez, me ha enseñado los dientes mi suegra.

-¡Siempre has de ser así!

ANTONIO DE VALBUENA

EL TAMBO DE CHUGUIPOGIO

I

Acampaba yo al pie del Chimborazo, esa nevada y gigantesca mole que ha visto sucederse las generaciones y guarda en su profundo seno, las páginas y misterios de la primitiva historia del Ecuador.

Habíamos llegado cuando el crepúsculo extendía su incierta claridad sobre la árida falda del coloso, apareciendo su blanca cima cual inmensa plateada corona, que ciñe la frente del soberano de aquellas soledades.

La magnificencia del espectáculo me sobrecogió de admiración y apenas bajé del caballo, corrí hasta la cima de una colina para contemplar á mi sabor y durante largo rato, la maravilla de la creación.

En humilde posada, que tiene por nombre el Tambo de Chuguiogio, debíamos pasar la noche y esperar la primera luz del alba para evitar los vientos que en el arenal arrastran á veces al jinete y al caballo, que á su rudo impulso quieren oponerse.

Aquella soledad tiene encanto indefinible; encierra recuerdos de maravillosa atracción; presenta perspectivas que jamás se borran de la mente.

Por todas partes se ven los Andes, en toda su imponente majestad; caprichosos nevados de nívida blancura; volcanes que despiden humo y fuego; cerros en donde duermen generaciones y generaciones en ignoradas tumbas (1).

Tradiciones de tesoros escondidos y buscados en vano por la codicia.

Humildes tambos, en donde los indios sueñan con su perdida libertad.

Al pie del Chimborazo, ante aquel majestuoso cuadro escuchando los bramidos del Sangay (volcán en actividad) parecióme mi ser tan pequeño é insignificante cual el átomo menos visible en la creación.

¿Qué es la criatura humana, al compararse con la grandiosa obra del Ser supremo? una hormiga. ¿Qué es la gloria por la que tanto se afana una gran parte de la humanidad? humo y vano empeño, al ponerla en parangón con esas maravillas que siglos y siglos y eternamente, se levantan colosales, mirando desdeñosamente al hombre, al pigmeo que apenas puede alcanzarlas con su vista.

Existen excepciones: el escalar la escarpada y difícil subida, el posar la atrevida planta hasta nivelarse con el titán, es identificarse con su majestuosa inmortalidad y eso sólo pueden lograrlo genios como Bolívar ó Stum-balat.

II

Sumida estaba en estas reflexiones, cuando un grito desgarrador de agonía llegó á mis oídos.

Rápidamente bajé de la colina y me reuní con el comandante Montenegro y otros compañeros de viaje que, alarmados á su vez, se dirigían al tambo de donde había salido el agudo grito.

Triste fué el espectáculo que á nuestra vista se presentó.

Tendida en el centro de la extensa pieza que en Chuguiogio sirve de sala general para los caminantes, estaba una mujer joven y bella, de pura raza india, bañada en la sangre que de ancha herida salía: á su lado veíamos el cuchillo homicida.

Había llegado aquella tarde acompañada por un hombre de mediana edad y también de raza indígena, pero el cual sin duda había huido para escapar al castigo de su crimen.

La víctima respiraba aún. Con precauciones infinitas fué levantada del suelo y colocada en una de las tarimas que, gracias á los colchones y mantas que cada viajero hace conducir en una mula, se transforman en camas.

Uno de los soldados de la escolta que nos acompañaba, salió á escape para la población más próxima á dar parte y á traer un médico, aun cuando todos creyéramos sería inútil, pues la infeliz mujer estaba con el estertor de la agonía.

Tristemente preocupados y silenciosos, después de haber vendado la herida con pañuelos y tiras de una sábana, procuramos reanimar á la moribunda por medio de una bebida espirituosa que no sin trabajo logramos hacerle tomar.

De repente se agitó haciendo un esfuerzo para incorporarse y sus rasgados ojos negros, medio velados por las sombras de la muerte, se fijaron en nosotros.

Todos nos agrupamos en torno de la mísera criatura. Yo me encontraba al alcance de su mano; esta buscó la mía y la estrechó convulsivamente balbuceando algunas palabras que no comprendí.

Su mirada vagó por la estancia deteniéndose con expresión de espanto en la puerta. Volví la cabeza y de pie, inmóvil, contemplé al asesino.

Era él: no podía dudar: los ojos de su víctima clavados en los suyos le denunciaban.

El semblante de aquel hombre no expresaba crueldad ni audacia; tampoco el temor del culpable. La amargura, el desaliento, profunda tristeza y desesperación, eran los sentimientos reflejados en su mirada y en su rostro.

III

Lentamente, como atraído por aquellos ojos negros ya apagados y turbios, se adelantó sin al parecer fijarse en los que rodeábamos la cama y arrodillándose, tomó una mano que inútilmente y ya sin fuerza le rechazaba y exclamó con acento de inmenso dolor:

-¡Rosario, Rosario, perdóname, estaba loco!

La moribunda clavó en el indígena una mirada indefinible: había en ella amor, piedad y terror, y soltando mi mano que aun oprimía con la suya, cayó desplomada lanzando un gemido.

-¡Rosario! no, no puede ser que mueras sin perdonarme; - y levantándose rápidamente rodeó con sus brazos la cabeza de la pobre joven.

Pero esta no hizo ningún movimiento; sus ojos vidriosos y sin luz estaban inmóviles, fijos.

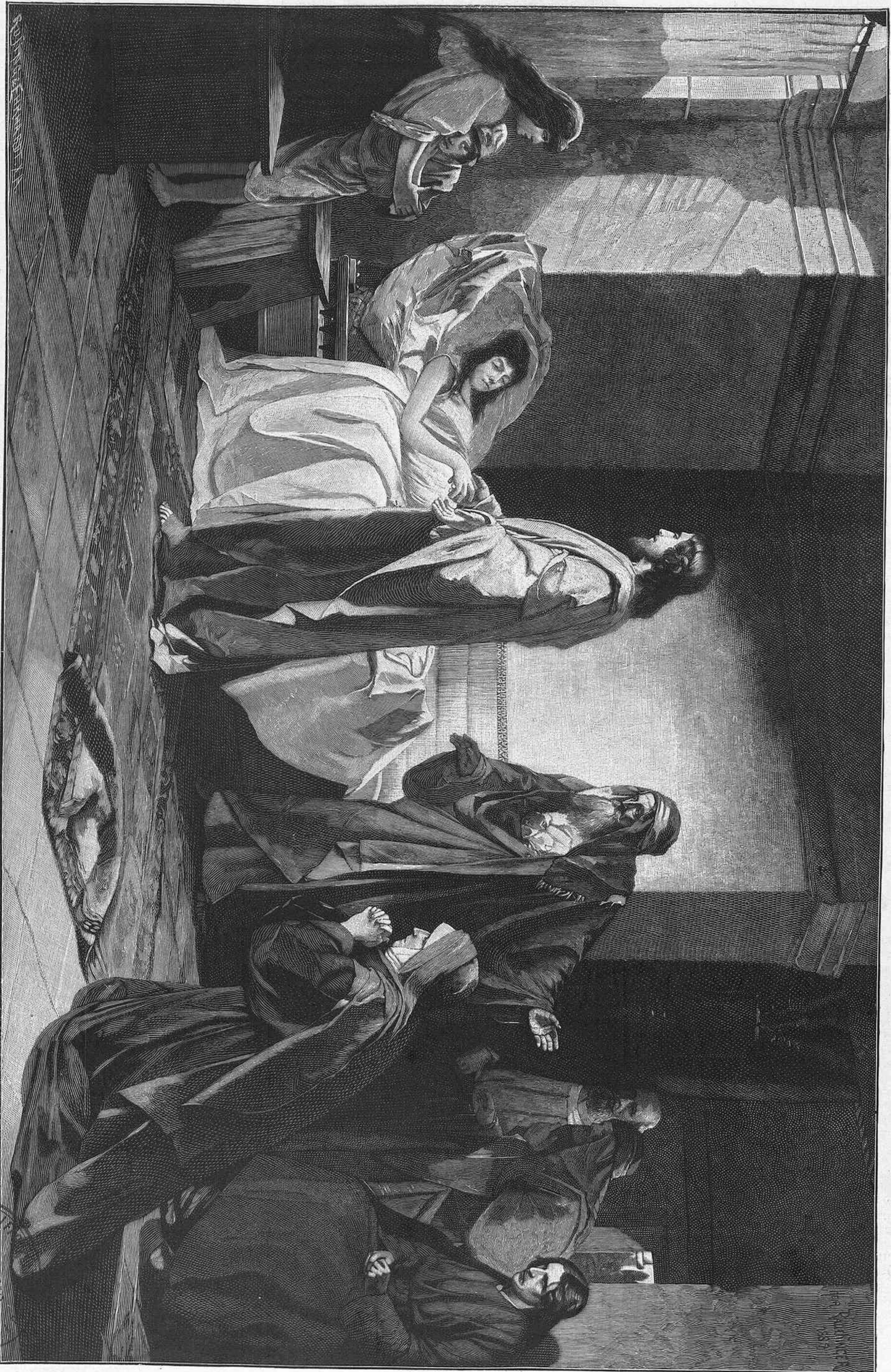
Había muerto.

En aquel instante el ruido de caballos llamó nuestra atención y poco después vimos entrar cuatro hombres. Era el médico de Mocha, el jefe político y dos empleados subalternos.

Nuestras miradas buscaron al asesino: no pensaba en huir.

Había caído anonadado y permanecía con una mano

(1) Tumbas.



LA RESURRECCION DE LA HIJA DE JAIRO, cuadro de H. Rauchinger







UN PERDON (ROMERIA) EN BRETAÑA, CUADRO DE DAGNAN-BOUVERET, GRABADO DE BAUDE





UN DÍA FRÍO, cuadro de Baixeras, grabado por Sadurní



¡ABRID EN NOMBRE DEL REY! copia directa de un cuadro de J. Aranda

de la muerta entre las suyas, la cabeza medio oculta entre el borde de la cama é indiferente á cuanto pasaba en torno suyo.

Al acercarse el médico y sin saber aun quién era le dijo: — Levántese, buen hombre, necesito reconocer á esta joven; pero está muerta... — añadió fijándose en el semblante.

— Vea, señor, vea; tal vez no sea verdad; no, no es posible que haya muerto sin perdonarme. — Y tímido y humilde se retiró hacia la cabecera y con la ansiedad en los ojos esperó el fallo facultativo.

Este no tardó en manifestarse.

La herida había sido de mano maestra y la muerte era un hecho.

Al cerciorarse, al encontrarse frente á frente con la realidad el asesino se puso pálido como un cadáver y cayó sollozando al lado de la tarima donde yacía Rosario.

— ¿Quién es este hombre? — preguntó entonces el jefe político.

Todos guardábamos silencio: ante aquel dolor nos repugnaba acusarlo como autor del crimen.

Pero él levantó la cabeza. Indudablemente comprendía nuestra actitud y había oído la pregunta.

— Me llamo Bautista Pérez, — dijo con voz apagada, — y yo... yo he dado muerte á esta joven que era mi mujer.

El jefe político lanzó una exclamación de sorpresa y con una mirada ordenó á sus subalternos guardasen la puerta.

Bautista comprendió y con dolorosa resignación, pero con firmeza, añadió:

— No trato de escaparme, señor: confieso mi crimen al que fui arrastrado por los celos.

— ¿Era Rosario culpable? ¿era inocente? No lo sé. Desde hacía algún tiempo sufría como un condenado. Vivíamos en Ambato y creyendo separarla del hombre que pienso era mi rival, determiné trasladarme á Guaranda.

Lloró, señor, suplicó: ella no quería salir de allí... La obligué y en el camino creció mi cólera porque al llegar á Mocha creí ver al maldito que la enamoraba y que Rosario, más humilde y resignada, quería engañarme para huir con él.

IV

Bautista calló y durante un momento fijó sus brillantes ojos en la muerta con expresión apasionada y al propio tiempo rencorosa.

— ¿Y después? — preguntó el jefe político interesado como todos los que allí estábamos, por aquel drama íntimo.

— Después de Mocha al tambo, ciego, loco, la amenacé con buscar al infame y matarlo; confieso que entonces no había tenido pensamiento de asesinarla.

Pero sus lágrimas y su desesperación acabaron con mi juicio; temía por él, lloraba por él; quería á otro y á mí me odiaba, ¿ó era el temor que mi semblante amenazador le producía? esa es ahora mi duda y mi tormento.

Al llegar aquí, al bajar del caballo no quiso entrar, intentó correr hacia donde se encontraban los pasajeros, al pié del Chimborazo; después comprendí su intención de pedir socorro á los que cuidaban á los caballos en el extremo del corral.

Entonces no sé lo que pasó por mí... A la fuerza la hice entrar en esta pieza, se resistió y gritó; casi al propio tiempo mi cuchillo... ¡jah, qué desgraciado soy! y la quería tanto, tanto... Rosario, he podido matarte, perdón, perdón!

El infeliz Bautista se cubrió el rostro con ambas manos y sus sollozos acusaban el pesar más intenso.

El jefe político nos llamó á un extremo de aquella lúgubre pieza y le referimos cuanto habíamos presenciado.

A corta distancia de la cama estaba aún en el suelo el cuchillo del homicida.

De repente Bautista se abalanzó, lo tomó, y con la rapidez del relámpago, se hirió profundamente en el corazón y cayó diciendo:

— Perdón, Rosario! voy á buscarte.

Todos corrimos: el infortunado indio vivió sólo algunos minutos y su trágico fin hizo inútil todo procedimiento.

Las formalidades se llenaron, y ya muy entrado el día, continuamos nuestro viaje.

Rosario, culpable ó no, duerme el sueño eterno al lado de Bautista: la tumba guarda su secreto.

LA BARONESA DE WILSON

JUANITO CALORES

CUENTO

I

El ilustrado médico de Pradilla de Abajo daba vueltas en su honestísimo lecho sin poder conciliar el sueño.

Sin duda el desvelo de don Homobono Saez de Zaldibarbeitia debía obedecer á una causa grave dado su carácter apacible, su límpida conciencia, su excelente régimen higiénico y como efecto de éste su buena salud.

Por aquel tiempo los reflejos de la tea revolucionaria alumbraban al antes pacífico vecindario de Pradilla de Abajo y aun á su anejo del Ochavillo. El doctor, variando continuamente de posiciones, recordaba conjunto y detalles de la borrascosa sesión de aquella noche.

La vacilante luz del velón de tres mecheros, el bostezar

de algún concejal arrellanado en el clásico banco *regidero*, el resonar de las rústicas almadreñas sobre el entarimado de la habitación, tan pronto santuario de la ley municipal como salón de *baile de artesanos*, no desaparecían ni un instante de la mente del doctor.

Recordaba sin perder detalle la entrada de los socios disidentes del *Casino de Labradores*, hartos de arañar las mesas del *Círculo* con las fichas del dominó y de apuntar á la diestra los amarracos á *la vera* de un jarro de vino y entre el ruido de las bolas, que más saltaban que rodaban sobre el accidentado tapetillo de color de prado invernal tanto adicto al tablero que en mejores tiempos construyó Laorga. Sobre todos los que en el municipio penetraron después de varias cortesías, no de salud y acatamiento, sino para desligarse del pegajoso lodo, no olvidaba el doctor á Juanito Calores, el más concienzudo medidor de vinos y más intransigente socialista de la comarca.

Las últimas palabras de su discurso resonaban todavía en los oídos de don Homobono, y á cualquier lado que se rebuliese, las encontraba y las percibía tan roncadas como fueron pronunciadas, y tan envueltas en vapores alcohólicos como penetraron entre las ondas sonoras y olorosas de la sala de Juntas.

«Todos somos iguales. *Naide* está sobre *naide*. Y si desnudos vinimos á esta vida, y desnudos ha de dejar la muerte á grandes y á chicos, es que Dios quiere que no *haiga diferencias*.»

Dios lo quiere, — pensaba don Homobono. — Es verdad que Dios lo quiere. A lo menos así se deduce de la generalidad de los sucesos. La lluvia y la nieve cuando azotan á Pradilla caen sobre todos los tejados con igualdad perfecta y mojan las losas de todas las calles y gotean con la misma fuerza sobre el pardo sombrero del gañán más pobre que sobre la cepilladísima *castora* que distingue de entre sus administrados al señor Alcalde el día de Nuestra Señora de la Tarima, Santa Patrona de este pueblo.

Las leyes físicas se dan en todo el globo con igualdad perfecta y los mismos efectos hace al ácido prúsico en un habitante de la Moldavia como en un morador del pico de Teide. Todo obedece al previsto movimiento de un péndulo isocrono; en todo pues rige la suprema igualdad.

Una cosa contraría, sin embargo, la aserción del medidor de vinos. Las enfermedades á que son campo abierto los mortales, se encuentran con diversos temperamentos y tropiezan á la cabecera de los dolientes con medios más ó menos prácticos. En unos casos siguen su obra de destrucción; en otros retroceden.

La lluvia y la nieve mojan los sombreros de los que no tienen paraguas y los pies de los que no llevan zapatos; accidentes todos creados por el hombre y que no estando al alcance de los medios económicos de la universalidad contrarían la ley igualitaria.

Si ésta ha de imperar como Dios quiere, si sus consecuencias han de imponerse, sobran los zapatos, los paraguas y hasta los médicos.

La inteligencia del bueno del doctor luchó largo tiempo con la idea de estar de más en este mundo, haber perdido trece años en oponerse á una ley natural y quedar en el mismo caso que un par de chanclos ó un paraguas de algodón.

Desde entonces se propuso dejar obrar á la naturaleza de sus pacientes y para no ser responsable de obstáculos terapéuticos puestos á la ley de la igualdad se decidió á ser médico expectante.

En estos y otros más profundos pensamientos y no menos gallardas deducciones se hallaba el doctor ensimismado, cuando su humilde habitación se iluminó por igual, un murmullo acompasado y monótono molestó sus oídos y midiéndolo el paso á toda conciencia llegó á los pies de la cama una joven ataviada lo más grotescamente que la imaginación puede concebir.

Llevaba sobre la pelada cabeza un triángulo isósceles, de cuyo ángulo superior pendía una balanza puesta en el fiel. La cara se dibujaba en una perfecta identidad de líneas é hipotéticamente dividida en dos trozos izquierdo y derecho presentaba una jamás interrumpida simetría de hoyuelos y tintas que presidía al nacimiento de un amelocotonado vello, con tal exactitud repartido, que ni la balanza de precisión hubiese denunciado, á ser posible el experimento, la menor inclinación de la acusadora aguja.

Ceñía, ó por mejor decir ocultaba el cuerpo de la joven, una túnica blanca abrochada en cada uno de los hombros con tal cuidado, que los paños se plegaban y desplegaban en las mismas alturas y en iguales profundidades arrojando siempre los mismos reflejos é idéntica sombra.

Apoyábase aquella fantástica aparición en dos extensas rayas paralelas puestas como límite á una nubecilla bordeada en curvas iguales, ni más ni menos que un festón hecho á máquina.

— La igualdad, — dijo la joven con monótono ritmo, — ha sido solicitada en todas partes y especialmente en este pueblo. Heme aquí. No juzgues que te concedo la preferencia de la primera visita, porque esto reñiría con mi modo de ser. A todas partes he llegado como tú pensabas que llegaban el agua y la nieve, repartiendo por igual mis dones. Desde ahora presido pues los destinos de Pradilla de Abajo.

Don Homobono sudaba la gota gorda envuelto entre las sábanas procurando cerrar los ojos. Debió conseguirlo porque se durmió.

II

Don Homobono formaba al día siguiente parte de un agrupado círculo de lectores que devoraba el contenido

de un bando pegado junto á la puerta del Pósito y que decía así:

«Don Juan Calores de la Exaltación, Alcalde popular de esta villa, á todos los que la presente vieren ó conocieren; sabed. Que en uso de las atribuciones que me concedieron vuestros sufragios he dispuesto lo siguiente:

»Artículo primero. Queda decretada la igualdad.

»Artículo adicional. Un minucioso Reglamento prevendrá la manera de llevar á ejecución este Decreto.»

El médico no había sido engañado por la visitante de la noche anterior. Don Homobono subió precipitadamente los escalones de la Alcaldía.

Juanito Calores le esperaba.

— Ciudadano, — le dijo, — todos somos iguales. Esto pedía anoche y esto ha venido. Pero como todo necesita reglamentarse y como siendo todos lo mismo al mismo tiempo, el pueblo no podría *susistir*, he dispuesto *claseficar* los vecinos de esta villa en la siguiente forma.

Aquí el Alcalde explicó á don Homobono, que los pobres y los ricos cambiarían de situación por turno é igualmente permutarían de profesiones todos los avecindados, teniendo así todos ocasión de gozar y sufrir por el mismo espacio de tiempo, hasta tal extremo que don Homobono estaba obligado á ser enfermo todo el tiempo que había sido médico, aun cuando por conmiseración no se le obligaba á ser visitado por los mismos que fueron sus clientes. El atribulado médico pidió que se hiciese un corte de cuentas, aduciendo que agua pasada no muele molino, y que por lo tanto la vida nueva debía empezar desde el momento en que la igualdad se había dignado acudir á los prolongados llamamientos de sus convecinos.

El doctor se enteró de que desde entonces y por cuatro días le tocaba ser alguacil del Ayuntamiento y sucesivamente herrador, cura párroco, pobre de pedir limosna, y guarda jurado, y que detrás de estas y hasta que se muriese, desempeñaría cuantos cargos, oficios y ocupaciones eran de necesidad para la vida de Pradilla de Abajo.

Tocóle pues en suerte y como trabajo de urgencia, repartir y cobrar las papeletas del impuesto, si bien antes había de distribuir las duplicadas cédulas de riqueza con objeto de que manifestando cada uno lo que tuviese, pudiera organizarse un reparto exactamente igual.

Llegóse el novel alguacil para proceder con todo orden á la casa más próxima al Municipio que era la de don Frutos Redaño, rematante de carnes, labrador de cuatro pares y padre de la pradillense más hermosa ó que á lo menos así lo había parecido siempre á don Homobono.

Hallábase don Frutos con las llaves de la panera en mano, esperando en la puerta de la calle á los renteros á quienes juzgaba ya en la villa surtiéndose en el mercado de las necesarias provisiones.

— Bien me ha parecido eso de la igualdad, — dijo, — y falta hacía que el Ayuntamiento hiciese algo bueno. En seguida que acabe de *encerrar* me llegaré en *ca* Calores y algo le diré *al respecto* de las haciendas del Marqués, que hora es de que disfrutemos todos por igual de ellas.

— A casa de su apoderado iba ahora á que me diese un inventario circunstanciado, pero antes quise pasarme por lo mismo á la de V., que alguacil soy aunque no lo parezca, por tocarme hoy hacer este oficio.

— Bien haya, — exclamó don Frutos, — aquel que nació en un pesebre y dijo aquello del camello y la aguja, que bien conocía las miserias de los pobres, pero ¡maldito sea el que su ley altere! Y digo esto porque si declaro lo mío y me lo toman, he de quedarme sin ello, y si el Marqués dice la verdad y me entregan algo, como los pobres son tantos, valdrá más lo que pierda que lo que reciba.

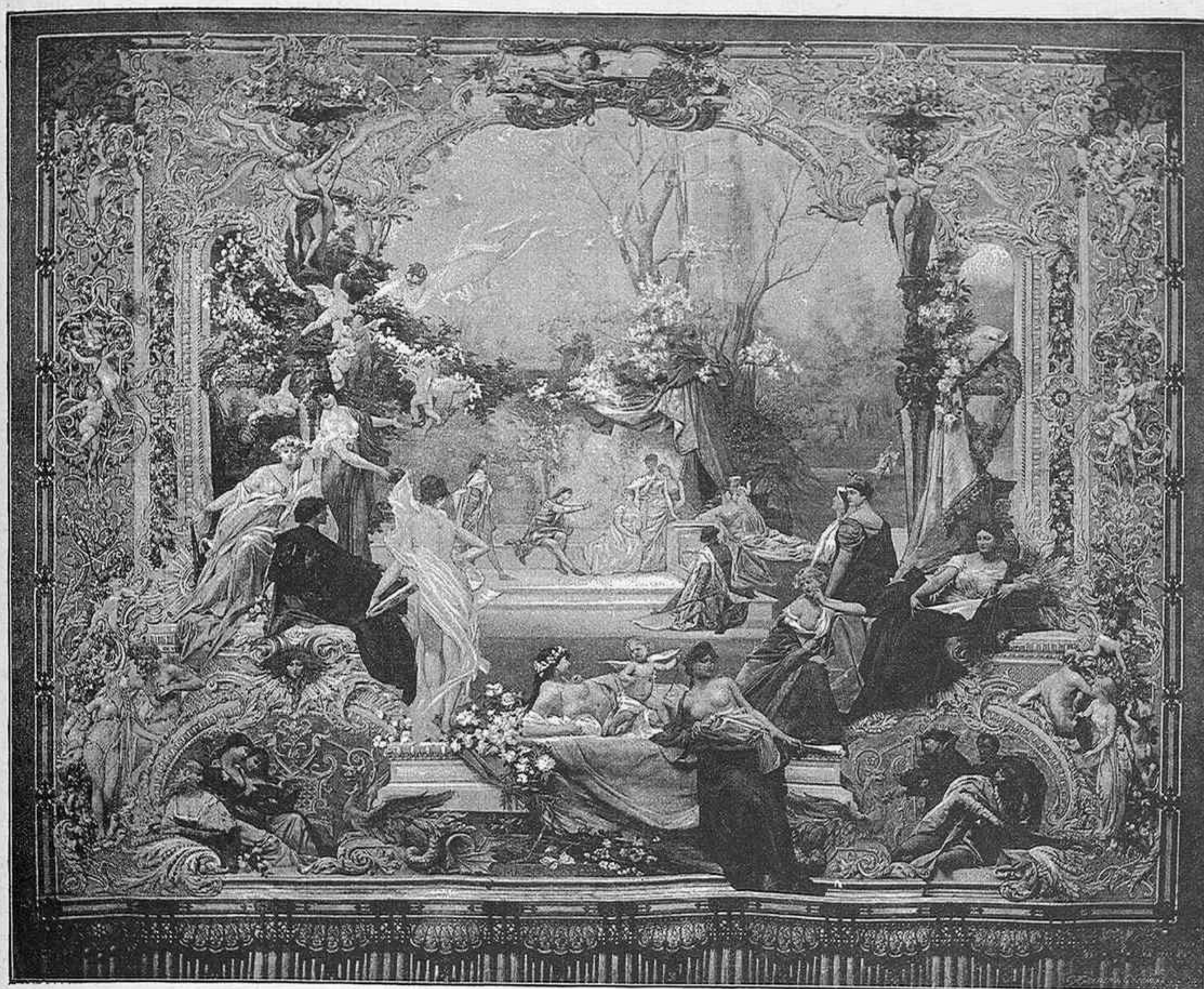
— Esa no es cuenta, — repuso don Homobono, — porque la igualdad está en que todos hemos de tener lo mismo.

— Claro que sí, — contestó don Frutos, — pero bien entendido que lo que uno adquirió por su trabajo no ha de alimentar la holgazanería de los otros, y bien se sabe que si alguna dote tiene mi chica, bastantes soles me he pasado y grandes esfuerzos me costó defender las espigas de la cizaña, dar salida á las aguas regaderas y ocultar al viento la mies recogida, amén de los cuartos que cuando la enfermedad del ganado dí al herrador y los peones que pagué cuando la langosta, y esto lo digo, don Homobono, no por jactancia sino porque si yo heredé *uno ó dos ú medio*, el aumentar mi hacienda ha sido cansancio de mi cuerpo y sudor de mi rostro. Si la igualdad es quitarme todo esto que puse y lo que de ello nació, ¡mal haya la igualdad y el que pensó en ella! Deje V. pues la papeleta del impuesto que yo la pagaré perro sobre perro, pero en cuanto á decir lo que yo tengo que lo averigüen y si lo averiguan y lo quieren, que vengan por ello, que á Dios gracias parada tengo la escopeta y allá veremos.

Dijo y echó á andar por la calle adelante.

Don Homobono se llegó á casa del tío Angustias cuya cédula de riqueza tendría poco que escribir.

— ¡Hola, don Homobono! — le dijo el rústico, — tal es la dicha en esta casa como es grande la honra que hoy recibe viniendo V. á ella, y siéntese V., que aunque sea alguacil por turno de la suerte, yo sé distinguir lo que hay de persona á persona y á Dios gracias que todos somos iguales. Sé á lo que V. viene, pero tenga en cuenta que soy un pobre y por un cerdillo más ó menos que á mí vaya en mucho, no será tanto lo que entre todos pierda cada vecino de Pradilla. Lo digo porque creo que V. no dirá nada de la marrana en cría que ahora tengo en casa. Y ande V. con ojo con los de este pueblo que no son de ley y cada uno ocultará lo que pueda, porque no tienen *conciencia* ni temor de Dios. Y dígame V. al Alcalde que me avise de lo que me toca y yo iré á recogerlo, que hora era de que todos fuésemos iguales.



TELÓN DEL TEATRO DE LA CIUDAD DE CARLSBAD, pintado por Francisco Matsch

Estas ó parecidas escenas se repitieron en las demás casas. Don Homobono se retiró á la suya con un fuerte dolor de cabeza y en desvelos, sudores y fatigas empezó la noche.

III

A las doce de ella don Homobono pareció agravarse.

El que por riguroso turno debía ejercer la medicina, y que era un labrador de poca hacienda, se levantó de su cama al quinto golpeteo en la puerta y de mal talante se fué en busca de los laureles de su *debut* científico.

— ¡Caracoles y con las horas de ponerse un hombre enfermo! Bien me estaba yo en mi cama desde que se acostaron las gallinas desceoso de no dejarla hasta rayar el día y no trasnochando y andando desvelado por las calles. A bien que por cuatro días de médico no quiero decir nada al señor Alcalde, pero juro á Dios que si en ellos tengo que levantarme todas las noches á estas horas, cojo otra vez mi arado y vuelvo á las faenas en que me crié. Pensaba yo que esto de ser médico era cosa únicamente de tomar el pulso, mirar la lengua y el vaso de noche, que ya esto último es de por sí bastante asqueroso, pero si este hombre se muere válgame el cielo por la pena que yo voy á tener y el aquel de no haber acertado y el recelo de la familia, y eso que no me apena perder la reputación que jamás tuve, de curandero. — Haciéndose estas reflexiones llegó el reciente Galeno á la casa de don Homobono.

Todo, como suele decirse, andaba en ella manga por hombro. Los criados que le habían asistido de continuo antes de que la igualdad triunfase en Pradilla de Abajo, siguiendo la condición de sus convecinos habían cambiado de ocupaciones. Pedro, el favorito de don Homobono, desempeñaba por cuatro días el Juzgado municipal y más satisfecho con ello que con barrer habitaciones, esperaba cambiar otra vez de oficio buscando el gusto en la variedad y el placer en la inconstancia.

La naturaleza de don Homobono triunfó de todo y vino la convalecencia.

Pasándola se hallaba, cuando cierta mañana, entraron en su gabinete las tres mejores mozas del pueblo contando á la consabida hija de don Frutos.

— El diablo ha entrado en Pradilla, — dijeron á una voz las invasoras. — Pues hemos echado *buen pelo* con la venida de la forastera. ¡Mira la tal, y qué tonos y qué fantasías las suyas! La culpa tiene el tontazo de Juanito Calores que á las primeras de cambio la pidió en matrimonio.

Don Homobono preguntó quién era la audaz forastera, y no sin esfuerzo y convertir en diálogo lo que se inició como coro, pudo coordinar señas y señas y deducir que la novia del Alcalde era ni más ni menos que la bendita Igualdad que se le apareció en sueños en la noche de marras.

Enteróse el doctor de que Juanito Calores viendo pelona á su prometida había mandado en un enérgico bando que todas las mujeres de Pradilla se cortasen el pelo, con lo cual se cumplía la ley de la igualdad en cuyo nombre empuñó la vara de la justicia después de aquel célebre discurso.

El bando agitó más que las conciencias las cabelleras femeninas y no hubo en Pradilla mujer que no gritase, piedra que no saliese de su sitio, ni cencerro que no se arrancase á las colleras, para dar la gran *bronca* á la futura Alcadesa.

La revolución se hizo. El día señalado para la boda, los sublevados (que ya lo eran todos los vecinos del pueblo) esperaron á la puerta de casa la forastera la salida de la amante pareja, teniendo decidido afrentar á la novia con el insultante apodo de *la pelona*.

No quiso la novia merecerlo, pues cuando las circunsantes que se hallaban en las últimas filas se alzaron sobre las puntas de los pies para verla mejor, la distinguieron adornada con una hermosa cabellera y una gruesa trenza de pelo negro que la llegaba más abajo de la cintura.

El médico se acercó cortésmente á la forastera y Juanito Calores que la llevaba del brazo le dijo:

— Mire V., don Homobono. Yo siempre tan amigo de

la igualdad. Por eso quería que todas las mujeres del pueblo se cortasen el pelo, pero esta ha preferido para igualarse á ellas comprarse un añadido.

— Pues aplíquese V. el cuento, señor Alcalde, — repuso don Homobono; — la igualdad no se funda en la nivelación absoluta. No es menester, como dijo Garnier Pagés, quitar los faldones á los fraques, sino añadir faldones á las chaquetas.

FERMÍN MARTÍN SUÁREZ.

LA EXTINCION DE LOS CONEJOS

en Australia y en la Nueva-Zelanda

M. Pasteur ha dirigido á los comisarios generales de las posesiones de la Australia y de la Nueva-Zelanda la siguiente comunicación.

París, 5 de enero de 1888.

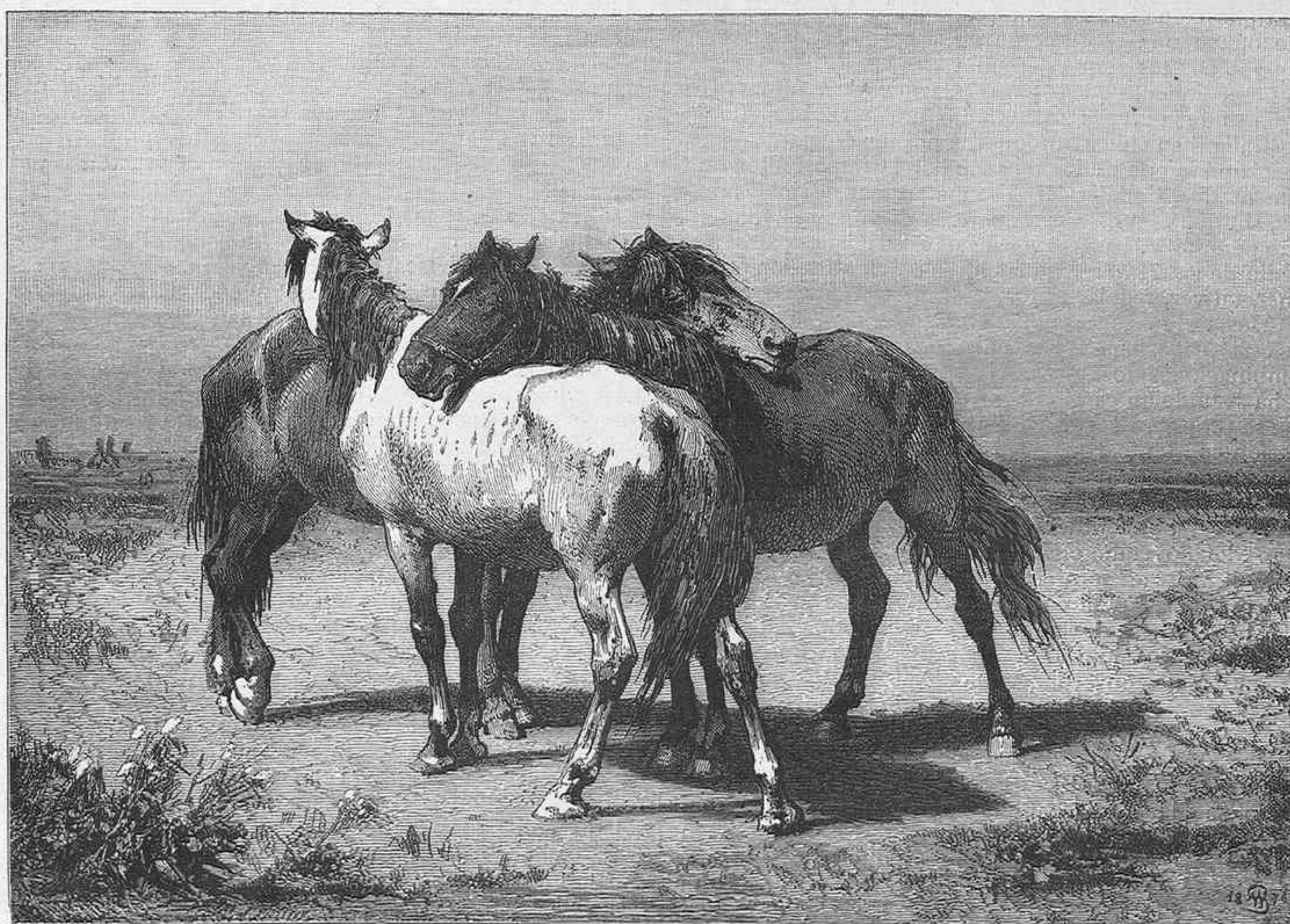
«*La Revue des Deux Modes* ha publicado, en su número del 15 de agosto de 1887, un artículo de M. C. de Varigny del cual copio los siguientes párrafos:

«Enriquecidos repentinamente por la guerra de Secesión de los Estados-Unidos, que hizo subir el precio de las lanas disminuyendo la producción americana, los colonos de Australia se encontraron de pronto en posesión de ganancias considerables.

«Imitadores celosos de las costumbres inglesas, se aficionaron á la caza y fundaron en Australia y en la Nueva-Zelanda sociedades de aclimatación para importar de Europa liebres y conejos. Una verdadera pasión, una especie de delirio se apoderó de la colonia: todo gran propietario no tuvo más que una idea, poseer un coto reservado. El sol y el clima convenían maravillosamente á los conejos, que en Inglaterra tienen de cuatro á seis crías al año, de tres á cuatro pequeños cada una, y que en Australia llegaron hasta diez, de ocho á diez individuos cada una.

«En vano se intenta aislarlos en sus terrenos por medio de enrejados, pues se escapan saltando por encima, con gran disgusto de los propietarios, que redoblan sus esfuerzos y cuidados para disminuir su número. De tal suerte lo han conseguido, que esta plaga asola en la actualidad la Nueva Zelanda y la Australia. Las huertas son devastadas; los terrenos que produjeron, hace ya algunos años, 150 fanegas de cebada y de 75 á 80 de trigo por hectárea, han tenido que ser abandonados en algunas comarcas por haberse hecho imposible todo cultivo.

«M. Crawford cita el caso de un gran propietario que después de haber gastado 40,000 libras esterlinas (un millón de pesetas) para librarse de esta plaga de nuevo género, se vió obligado á renunciar á su intento sin alcanzar resultado. Cálculos bastante exactos hacen ascender el número de estos animales á algunas centenas de millar, y cada año su tamaño aumenta con su número. De voracidad extraordinaria, se comen la hierba hasta la raíz y convierten inmensos pastos, que podrían alimentar de 25 á 30 carneros por hectárea, en terreno yermo y miserable. Los viñedos han sido destruídos, y todos los medios empleados hasta aquí para exterminar estos animales no han dado ningún resultado apreciable. Se les caza, se les



EL DESCANSO DEL MEDIODÍA, cuadro de Alejandro Wagner

mata, se les envenena, y, sin embargo, hormiguean por todas partes.

»Dice M. Williamson, que en una excursión que hizo con un delegado del gobierno, pudieron reconocer que la hierba había desaparecido por completo en toda la comarca. Innumerables bandas de enormes conejos pululaban por el país, apartándose apenas para dejar paso á su carruaje. El suelo, lleno de madrigueras, no les permitía avanzar sino con mucha precaución (véase la fig. 1).

»Por todas partes, — dice, — nos rodean los conejos: en el camino y en la llanura; aquí saltan en tropel, allá se persiguen sobre la arena; junto á la entrada de sus madrigueras se les ve tendidos á centenares. Arrojadlos de un sitio, se refugian en otro, y se multiplican con tal rapidez que sólo un cataclismo de la naturaleza podrá acabar con semejante plaga.»

»Estas noticias han sido confirmadas posteriormente por un edicto del gobierno general de la Nueva Gales del Sur, publicado en *Le Temps* el 9 de noviembre y el 2 de diciembre del pasado año, en el cual se ofrece un premio de 625,000 pesetas (25,000 libras esterlinas) á la persona que dé á conocer y demuestre la eficacia de un método ó procedimiento destinado á exterminar á los conejos, advirtiendo que éste deberá ser, según dictamen facultativo, inofensivo para los caballos, carneros, camellos, cabras, cerdos y perros, no entrando en su composición materias que puedan serles nocivas.»

Algunos días antes de la publicación en *Le Temps* de este anuncio oficial, M. Pasteur había recibido, por un colono de la Nueva Zelanda, extensas noticias de los estragos causados también en esta isla por los conejos, lo que le decidió á remitir en 27 de noviembre á dicho diario una carta que publicó el día 29 y de la cual copiamos los siguientes párrafos:

«De tal suerte se siente impotente el gobierno de la Nueva Gales del Sur para luchar contra esa plaga de nuevo género, la multiplicación de los conejos, que ofrece una recompensa de 625,000 pesetas al que descubra un procedimiento eficaz para exterminarlos. Numerosas regiones de la Nueva Zelanda, no menos asoladas que la Australia, han sido abandonadas por los colonos, que renuncian á la cría de los rebaños por la imposibilidad de alimentarlos. Cada invierno se matan los conejos á millones, sin que esta carnicería parezca disminuir su número. ¿Me permite V. hacer llegar hasta esos lejanos países, por medio de *Le Temps*, algunas ideas cuya aplicación podría tener, tal vez, regular éxito?»

»Hasta el presente se han empleado, para la extinción de esta plaga, sustancias minerales, particularmente las combinaciones fosfóricas. Al recurrir á tales medios, ¿no se ha seguido un camino equivocado? Para destruir seres que se propagan según las leyes de una asombrosa progresión constante, ¿qué eficacia tienen los venenos minerales? Estos matan en el acto, allí en donde se les toma; pero, en verdad, para obrar en innumerables seres vivientes, ¿no sería preferible, permítaseme la expresión, un veneno dotado como ellos de vida y, como ellos, capaz de multiplicarse con sorprendente fecundidad?»

»Creo, pues, que lo que se desea para llevar la muerte á las madrigueras de la Nueva-Zelanda podría hallarse en el ensayo de comunicar á los conejos una enfermedad susceptible de convertirse en epidémica.

»Una existe que se conoce con el nombre de *cólera de las gallinas* y que ha sido objeto de continuados estudios en mi laboratorio. Esta enfermedad es igualmente propia de los conejos. Así, pues, entre las experiencias que he practicado, se encuentra ésta: he reunido en un espacio limitado cierto número de gallinas, y, dándoles una alimentación contagiada por el microbio productor del *cólera de las gallinas*, éstas no tardan en morir. Los corrales son á veces asolados por verdaderas epidemias de este mal, cuya propagación se debe, sin ninguna duda, á los excrementos de las primeras gallinas enfermas que inficionan el suelo y los alimentos.

»Calculo, pues, que lo mismo sucedería en los conejos,



Fig. 1. — Los conejos en Australia. — El carruaje de M. Williamson atravesando por entre una banda de conejos.



Fig. 2. — Conejos muertos por el microbio del *cólera de las gallinas*. — Experimento de la señora viuda Pommery, en Champaña (Segun fotografía de M. Trompette, de Reims).

y que al volver á sus madrigueras para morir allí, comunicarían la enfermedad á otros, que la propagarían también á su vez. Pero, ¿cómo lograr que los primeros conejos ingieran en su cuerpo el germen destructor? Nada más fácil.

»En torno de la madriguera colocaría una cerca provisional, abarcando un espacio determinado, al cual los conejos vendrían á buscar su alimentación. Repetidas experiencias nos han demostrado que es fácil conservar en estado de perfecta pureza, y en tan gran escala como pueda desearse, el microbio del *cólera de las gallinas* en los caldos de cualquiera clase de viandas. Con estos líquidos llenos de microbios se rociará el alimento de los conejos, que luego irán á morir por uno y otro lado y propagarán la epidemia por todas partes.

»Puedo añadir que el parásito de esta enfermedad es inofensivo para los animales de las granjas, exceptuando, como ya se ha dicho, las gallinas, pero éstas no tienen necesidad absoluta de vivir en el campo.

»No dudo, ni por un momento, que en los países devastados por esta plaga se encontrarán personas dispuestas á poner en práctica el método que propongo, método muy sencillo y que, en todo caso, vale la pena de probarse.»

Después de la publicación de esta carta M. Pasteur practicó varias experiencias en los conejos, las cuales han venido á demostrar, conforme presumía, que el *cólera de las gallinas*, que se propaga con suma facilidad entre estos roedores, ocasiona siempre su muerte con pasmosa celeridad. Verificadas también estas experiencias en los perros, cerdos, cabras, carneros, ratas, caballos y asnos, ninguno de estos animales llegó siquiera á enfermar.

El microbio de esta enfermedad muere bastante pronto al contacto con el aire; por el contrario, su conservación es fácil durante largos años si se le preserva de él cuidadosamente. Los caldos de cualquiera clase de carnes sirven de igual modo para su cultivo, por lo cual se-

ría el más económico el que se obtuviera con el de la misma carne de conejo.

En vez de cercas provisionales en torno de las madrigueras para lograr que los conejos se alimenten con las sustancias de antemano inficionadas, podría alcanzarse mayor y más rápido resultado haciendo segar la hierba en rededor de aquéllas y colocarla luego con los rastrillos, después de rociada con el líquido del cultivo, en parajes á propósito para que la coman al encontrarla á su paso. Haciéndolo de este modo se obtuvo el resultado más completo en una experiencia practicada en Reims por M. Pasteur.

La señora viuda Pommery, de esta ciudad, propietaria de la casa de vinos de Champaña que lleva su nombre, escribió á M. Pasteur, habiéndose enterado de su carta publicada en *Le Temps*, ofreciéndole una ocasión favorable para experimentar su método en un prado de su pertenencia y de capacidad de ocho hectáreas situado encima mismo de sus bodegas, el cual estaba de tal manera infestado por los conejos que habían minado el suelo por completo y constituían un peligro para sus intereses del que necesitaba librarse.

M. Pasteur mandó en seguida á dicha ciudad á uno de los practicantes de su laboratorio llevando consigo una cantidad de cultivo reciente del microbio productor del *cólera de las gallinas*, con el cual rociando los alimentos que de ordinario acostumbraban á consumir aquellos roedores se obtuvo un resultado sorprendente, pues en el corto espacio de tres días fué exterminada aquella plaga. Buen número de conejos muertos se encontraron sobre el terreno (véase la fig. 2), permitiendo suponer que debió ser mucho mayor el de los que murieron en las madrigueras.

El método recomendado por M. Pasteur va á ser muy pronto experimentado en Australia, en donde dará seguramente los resultados previstos por nuestro ilustre compatriota.

(De *La Nature*.)

NOTICIAS VARIAS

EL GUAYACO ARTIFICIAL. — A la *madera endurecida*, que ad- la fabricación de buen número de artículos, particularmente tinteros artísticos y medallones, que tanta aceptación han alcanzado, puede agregarse la de *guayaco artificial*, que se acaba de inventar.

M. Stockhardt, de Leipzig, ha obtenido privilegio exclusivo para la explotación de un procedimiento que permite dar á toda clase de maderas las propiedades del verdadero guayaco, cuyo valor aumenta cada día. El modo de obtener este resultado es sumamente sencillo, pues consiste en someterlas á las dos operaciones siguientes: impregnarlas bien de aceite y comprimirlas después por medio de una prensa de gran potencia, cuya acción aumentará considerablemente su densidad.

(Tomada del periódico: *La Nature*)

* *

LABORATORIO ELÉCTRICO DE VIENA. — Va á construirse muy pronto en Viena un laboratorio de electricidad con el objeto de proceder á operaciones de medidas para el público, como los ensayos de fuerza y producto de los dinamos, la potencia luminosa y el valor de las lámparas de arco y de incandescencia, las medidas electro-químicas, la calibración de los instrumentos de medida, el funcionamiento de las pilas primarias y secundarias, etc.

He aquí la tarifa adoptada para estas diferentes operaciones: Ensayo de un dinamo, de 30 á 100 francos, según las dimensiones de la máquina; ensayo de una lámpara de arco, de 30 á 40 francos; ensayo de una lámpara de incandescencia, de 20 á 30 francos; calibración de los aparatos de medida, de 6 francos 25 á 40. Los productos del establecimiento se repartirán entre el Museo tecnológico y el personal del laboratorio.

(Tomada del periódico: *La Nature*)